

VI. AMAR LA VERDAD: CONFIAR EN QUE ES POSIBLE

La verdad no está de moda. La sexta opción fundamental que deseo proponer, al inicio de esta andadura, subyace al genuino compromiso filosófico, entendido como algo que va más allá de la erudición sobre los textos famosos de los grandes autores. Hemos de optar o bien por la verdad, a cuyo servicio nos dedicamos con plena conciencia de nuestras limitaciones, o bien por dos posibilidades humanas que se oponen, cada una a su manera, al ideal de la verdad: por un lado, el escepticismo, que desespera de alcanzarla, y, por otro, la mentira y el engaño, que deforman la verdad conocida con fines de poder o de gloria, o de simple racionalización de las pasiones desordenadas. La oposición es paradójica porque el escepticismo también es contrario a la mentira y al engaño. Detrás del escepticismo hay una voluntad de verdad *desilusionada*;⁶³ no una voluntad de engañar ni de mentir, sino habitualmente la *voluntad mínima de verdad* que consiste en *no querer engañarse*, por lo cual se suspende el juicio o se le niega un asentimiento firme a la verdad que nos lo reclama. No quisiera que se tomara esta propuesta de opción fundamental como una caricatura que pretende poner, de un lado, el bien y la verdad, y del otro a quienes dudan y caen en el escepticismo, como si estuvieran en el mismo nivel de quienes mienten y engañan. No es así. Espero que la naturaleza de la opción se manifieste claramente en cuanto sigue, y que sea interpretada como un *huir del escepticismo* —según la expresión de Christopher Derrick—,⁶⁴ mas comprendiendo a quienes dudan, y como un rechazo de la mentira con desprecio hacia quienes mienten o dolosamente engañan, especialmente en cuestiones de tanta importancia.

La *verdad* puede significar básicamente tres cosas: la realidad en sí misma, nuestro conocimiento ajustado a ella y nuestras palabras y acciones con-

⁶³ Cfr. una idea similar, la del escéptico como un absolutista decepcionado, en Hart, H. L. A., *El concepto de derecho*, trad. de Genaro R. Carrió, Buenos Aires, Abeledo-Perrot, 1977, capítulo VII “Formalismo y escepticismo ante las reglas”, pp. 155-191.

⁶⁴ Cfr. Derrick, Christopher, *Huid del escepticismo*, trad. de Marta González, Madrid, Encuentro, 1997.

formas con lo que realmente pensamos. En primer lugar, a veces se dice que “la verdad es lo que las cosas son”, y así se distingue de la mera *apariencia*. Algo puede *parecer* tal o cual cosa y no serlo. La verdad en este sentido —la *verdad ontológica*— se identifica con el ser mismo de las cosas, con la realidad. ¿Cuándo decimos, por ejemplo, que un pedazo de metal es *verdaderamente oro*? Cuando cumple todas las propiedades del oro: su peso, su consistencia, su composición química... todo nos indica que es en sí mismo oro. A veces hablamos de *oro falso*. ¿Qué queremos decir? Fundamentalmente, que es un metal que tiene la *apariencia* del oro, que incluso, especialmente si es bien trabajado, podría tener la belleza refulgente del oro; pero en realidad no es oro. No tiene la consistencia ni la dureza, ni el peso, ni las propiedades; y si lo analizamos químicamente, no es oro; es otra cosa. Por eso lo llamamos oro falso. La *falsedad* no es que la cosa sea en sí misma falsa, sino que da la apariencia de algo que en realidad no es.

En segundo lugar, se habla de *verdad* en otro sentido, cuando ya no nos referimos a la realidad misma de las cosas, sino a que nuestra mente conoce las cosas tal como ellas son. Tal es el sentido de la definición más clásica de verdad: la *adecuación entre la mente y la realidad*, es decir, la “adecuación de la cosa y la inteligencia” (*adequatio rei et intellectus*) porque *nuestra inteligencia se adapta a la realidad*. Se le llama entonces *verdad lógica* y se opone al *error*, que se da en la mente cuando ésta afirma algo que no corresponde a la realidad. Esta noción de verdad presupone algo que se da por descontado en la *filosofía realista*:⁶⁵ que la mente humana, comenzando por los sentidos y trascendiendo los sentidos mediante la inteligencia, es capaz de salir de sí misma y adaptarse a la realidad. Cuando esto sucede, entonces hay verdad. Cuando decimos que lo que es, es, y que lo que no es, no es, entonces nuestro juicio sobre la realidad es verdadero; en cambio, cuando decimos que lo que es, no es, o que lo que no es, es, entonces nuestro juicio es erróneo, es falso en cuanto no se adapta a la realidad. Por lo tanto, la verdad, en su sentido lógico, *se da en la mente*; más precisamente, *en el juicio que afirma o que niega el ser de las cosas*.

Y, finalmente, la verdad en el ámbito moral consiste en manifestar mediante nuestras palabras —o, por analogía, también mediante nuestras acciones— lo que tenemos en nuestra mente, en lo más profundo de nuestra intimidad intelectual, y lo que realmente pensamos y somos. Cuando uno dice con sus palabras lo que realmente piensa, habla con la verdad en el sentido moral, utiliza el lenguaje para comunicar lo que realmente está dentro

⁶⁵ Cfr. *infra* cap. IX.

de sí, y entonces es veraz. Esta verdad moral o veracidad es compatible con que alguien diga algo falso, objetivamente considerado, pero que él *crea que es verdad*. No afirma lo falso creyendo que es falso, sino por error, y eso no le quita veracidad en el sentido moral. Si le digo a alguien que mi padre tiene ochenta años, porque he errado en el cálculo, cuando en realidad él apenas tiene setenta y nueve, me he equivocado, pero no he mentado. En mi juicio interior no hay verdad, hay falsedad, porque lo que en ese momento pienso o creo no se adapta a la realidad. No poseo la verdad *lógica*, pero en mi afirmación hay verdad *moral, veracidad*, porque yo manifiesto lo que realmente pienso. Y puede suceder al revés: que alguien diga algo *materialmente verdadero*, pero *pensando que es falso*, y entonces miente. Es una especie de paradoja de la verdad moral, que se refiere a la manifestación del interior mediante las palabras o, por analogía, mediante las acciones, que también se pueden usar para falsear hacia el exterior lo que uno realmente es o lo que piensa. El caso paradigmático de falsedad moral mediante acciones es la hipocresía, donde se intenta aparentar una virtud que realmente no se posee, o, cuando es más retorcida, hacer aparecer como virtuoso un comportamiento vicioso.

Esta clarificación conceptual nos sirve para entender la opción por la verdad al iniciar nuestra confrontación con la filosofía. La filosofía exige buscar la verdad de las cosas tal como ellas son en sí mismas; adaptar nuestra mente a la realidad, para así afirmar, en la medida en que nos sea posible, las cosas tal como son, y, en fin, transmitir a otros esa verdad tal como la hemos visto. Cualquiera se puede equivocar; pero uno conserva la integridad moral en la medida en que transmite lo que ha visto tal como uno lo ha visto. En contraste con tal ideal, surgen algunas actitudes radicalmente contrarias a la filosofía.

La primera de ellas es el *escepticismo*, esa posición filosófica que afirma que no se puede conocer la verdad. Incluso si existe una realidad de las cosas —piensa el escéptico—, nuestra mente no es capaz de acceder a ella. Ese es el escepticismo más radical, porque afirma que la mente humana siempre se las ve solo con las apariencias, y que cambia de opiniones, mas nunca puede llegar a afirmar lo que las cosas realmente son. El escepticismo propiamente dicho se nos presenta suavizado en su forma *probabilista*, según la cual *no se puede conocer la verdad con certeza*, pero se pueden tener *opiniones más o menos probables* acerca de la realidad. No es la duda absoluta del escéptico total, que en rigor se niega a afirmar nada; el escéptico total *mira y no se pronuncia*. El escéptico probabilista, mitigado, dice: “Yo miro y después me pronuncio, por una posibilidad u otra, pero nunca puedo estar seguro, siempre vivo en el mundo de la opinión”.

El filósofo, en cambio, busca la verdad y busca la certeza acerca de la verdad, es decir, la seguridad en aquello que afirma, basado en las razones que avalan tal afirmación. En la medida en que contamos con tales razones respecto de muchas verdades, la verdadera filosofía es incompatible con el escepticismo total y universal, pero también con el escepticismo parcial o mitigado. El escepticismo que se opone a la filosofía, en rigor, es un escepticismo universal, que cubre todas las materias, que niega incluso el principio de no contradicción. El *principio de no contradicción* —llamado también “principio de contradicción”— es el juicio primero y más evidente que podemos enunciar, que se formula de varias maneras, como, por ejemplo, que “una cosa no puede ser y no ser, al mismo tiempo y en el mismo sentido”. Una silla no puede ser azul y no azul al mismo tiempo; podría ser azul *ahora*, y mañana la pintan de rojo, y ya no es azul, en otro tiempo. No obstante, afirmar y negar lo mismo acerca de lo mismo, al mismo tiempo, eso es contradictorio y repugna a la realidad de las cosas y a la mente humana. Los escépticos totales y universales niegan incluso el principio de contradicción. Aristóteles, en el libro IV de su *Metafísica*, intenta defender el principio contra los que lo niegan;⁶⁶ pero advierte que *es imposible convencer a alguien que niega lo más básico*, porque cualquier cosa que uno diga presupone el principio de no contradicción. Solamente cabe procurar que los negadores *digan algo*, cualquier cosa, porque, si dicen algo con sentido, eso también va a presuponer que no sostienen lo contrario. El escéptico está condenado al silencio o a la incoherencia.

El filósofo no puede aceptar el escepticismo universal, que se refiere a todas las cosas. Y si la filosofía fundamenta adecuadamente las demás ciencias, el filósofo tampoco puede aceptar un escepticismo acerca de todo un sector de las ciencias particulares (física, química, biología, etcétera). No puede decir “en materia de astronomía no podemos saber nada” o “en materia de biología no podemos saber nada” o “en materia de derecho y de ética no podemos saber nada”. No, el filósofo le responde al escéptico: “Si usted puede confiar en su mente para conocer los principios más básicos de toda la realidad, entonces puede confiar en ella también para progresar en el conocimiento de cada uno de los sectores de la realidad: también de la física, de la biología, de la astronomía, de la ética y del derecho; también en esos ámbitos puede avanzar”. Esta *confianza en la razón* está en la base de la filosofía y de todas las ciencias teóricas y prácticas. Si uno deja de confiar en la razón, destruye la filosofía. Si uno piensa que todo es apariencia y que

⁶⁶ Cfr. *Met.* IV, 4, 1006a35–1009a4.

no podemos atravesar la niebla de las apariencias para llegar a las cosas en sí mismas, entonces es mejor no molestarse en comenzar a filosofar. ¿Para qué? No tiene sentido una indagación que empieza con ese pesimismo radical. En cambio, el filósofo puede mostrarse “escéptico” en un sentido *particular*, no universal, y *parcial*, no total; es decir, puede afirmar, *respecto de determinada cuestión particular*, pero no respecto de todo un sector científico, que no se puede en principio o que de momento no se ha podido alcanzar la verdad o fundamentar racionalmente una afirmación completamente segura. Podemos concluir, como resultado de la investigación, como punto de llegada de un razonamiento, que no hemos podido o quizá ni siquiera es posible conocer la verdad respecto de ese problema específico. Eso es lo que se llama un *escepticismo parcial y particular*, no total y universal. Una tesis parcial y particularmente escéptica, o mitigadamente escéptica o probabilista, se refiere a un asunto concreto, y en consecuencia puede ser verdadera. No supone desconfiar de la razón, sino reconocer que la razón, para ese asunto, encuentra límites. Tal escepticismo acotado es *un aspecto de la verdad* sobre el alcance limitado de la mente humana. Tal “escepticismo” casi en sentido figurado puede estar sólidamente fundado porque no afirma que nuestra mente no es capaz de conocer la verdad, sino que, sobre tal o cual problema particular, *la verdad es* que no tenemos suficientes datos para resolverlo. Pensemos en el problema de la edad del universo. Hasta hace poco no estaban de acuerdo los cosmólogos en una cifra precisa sobre la edad del universo: ¿15,000 millones de años, 17,000 millones de años? Cabía decir, entonces: “sobre este problema específico, no hemos arribado a ninguna certeza”. Si ahora se dice, al parecer con bastante seguridad, que la edad del universo es de 13,500 millones de años, el progreso de la astronomía ha disipado un “escepticismo” que entonces se justificaba por la limitación contingente de la razón humana.

Antes de que hubiera todos los medios fantásticos de la física moderna, filósofos como santo Tomás de Aquino pensaban que ni siquiera se podía demostrar racionalmente si el universo había comenzado en un momento determinado o si había existido desde siempre, porque había, entonces, razones tan buenas para pensar una cosa como la otra.⁶⁷ Algo análogo señala Immanuel Kant en una de las *antinomias de la razón pura*, en su *Crítica de la razón pura*, donde aduce argumentos tan buenos para una opinión como para la otra.⁶⁸ Se trata de un escepticismo *particular* —no universal—, porque se

⁶⁷ Cfr. *CG*, 2, 32-35.

⁶⁸ Cfr. *KrV*, A 426 / B 454 – A 433 / B 461.

refiere sólo a ese problema: el inicio del universo en el tiempo. Este escepticismo particular puede ser *total*, como afirma santo Tomás, pues él piensa que *nada* cabe probar sobre el asunto; o bien puede ser solo *parcial*, como afirmaba la astronomía hasta hace poco, que a lo más admitía conjeturas, no certeza. Tomás de Aquino pensaba que solamente por la fe sabemos que el universo ha tenido un principio temporal, que no ha existido desde siempre, de acuerdo con la interpretación tradicional del libro del *Génesis*.⁶⁹ En cambio, santo Tomás afirma que el universo es *creado por Dios de la nada*, y que esto puede ser demostrado racionalmente. Su mente era tan brillante, que fue capaz de concebir una idea muy difícil de pensar para nosotros, pero que es racional: que un universo puede ser al mismo tiempo creado por Dios y sempiterno en el tiempo, en un tiempo infinito; es decir, que podía haber existido desde siempre creado por Dios. A nosotros nos saltan chispas en la cabeza porque no tenemos la mente del doctor Angélico. Normalmente pensamos: si es creado, es que en algún momento no existía y comenzó a existir. Santo Tomás muestra que son conceptos distintos. El tiempo podría haber existido siempre, porque Dios es eterno y Él podría haber querido que existiera el universo físico desde siempre. Eso no haría que el universo físico no fuera creado, porque todo lo que es limitado tiene que tener un creador. Santo Tomás demuestra así que la idea de creación es racional, pero que no resuelve la cuestión de si este universo creado está siendo creado por Dios desde toda la eternidad o comenzó en un momento determinado. Para comprender la diferencia puede servirnos el ejemplo de la lámpara que cuelga del techo: mientras hay techo, cuelga la lámpara, y la lámpara no estaría ahí si no colgara del techo, pero obviamente la lámpara depende del techo. Análogamente, el universo material, como cosa limitada, está siendo creado por Dios, quien lo mantiene en el ser, y eso podría haber sido desde toda la eternidad, aunque también en ese caso habría sido una relación de dependencia respecto del primer ser, del ser necesario.

Otro ejemplo de posible escepticismo particular es el de los seres inteligentes extraterrestres. Cabe decir: “No podemos saber, de momento, con los medios a nuestro alcance, si hay seres inteligentes fuera de la Tierra”. Se trata de reconocer la ausencia de conocimiento sobre una cuestión específica: la existencia o no de seres inteligentes extraterrestres. Eso no es realmente escepticismo *respecto de la verdad*.

Los escépticos se apoyan en algunas fallas de la inteligencia humana para intranquilizarnos: “¿Ven? ¡No se puede conocer la verdad!”, porque

⁶⁹ Cfr. CG, 2, 38.

a veces nos engañan los sentidos; porque vemos que hay muchos hombres sabios, que han investigado con ardor los diversos misterios de la existencia y están en desacuerdo entre sí; porque hay teorías científicas que han sido tenidas por verdaderas durante siglos y de pronto vienen otras y las refutan completamente, etcétera. Ante tales *hechos*, alegados para negar la posibilidad de verdad o de certeza, el filósofo *no niega los hechos* precisamente porque cree en la verdad. Él responde serenamente: “Eso es *verdad*”, es decir, que los argumentos escépticos no niegan la idea de verdad, sino que la presuponen. *Es verdad* que a veces, bajo determinadas condiciones, los sentidos nos engañan, y esta verdad ha de explicarse de alguna manera, como por la enfermedad de los sentidos o por la interposición de un obstáculo. *Es verdad* que los hombres sabios discrepan entre sí, pero, si afirman cosas contradictorias, eso quiere decir que uno se equivoca y el otro tiene la razón. Por lo tanto, no es que no se pueda conocer la verdad, porque esa misma discrepancia sobre asuntos contradictorios muestra que uno de ellos la conoce y el otro no. Pensemos en el gran problema de si existe Dios o no existe. Grandes sabios afirman que existe; ilustres señores afirman que no existe, y todos con poderosas razones. El escéptico dice: “No hay forma de saberlo”. El filósofo afirma: “Como es contradictorio, uno de los dos tiene la razón”. Dios *existe o no existe*, y, por lo tanto, racionalmente ha de probarse si existe o no existe o si respecto de este problema no contamos con razones suficientes para afirmar o negar (escepticismo particular). Un agnosticismo fundado respecto de la existencia de Dios —afirmar que positivamente no podemos responder la cuestión— no es escepticismo frente a la verdad, como no lo es tampoco el ateísmo. Precisamente porque no se trata de escepticismo, no valen lo mismo las tres posiciones: teísmo, agnosticismo, ateísmo. Algunas están en la verdad y otras en el error. Si el escéptico no puede darse cuenta de quién tiene la razón, debe sustituir el escepticismo universal, asumido apresuradamente, por un escepticismo estrictamente personal. Cabe decir: “Yo no soy capaz de saber quién tiene la razón en este debate”, lo cual es un escepticismo particularísimo respecto de mi propia persona; pero extender este escepticismo particularísimo a toda la humanidad, y creer que toda la humanidad es incapaz de conocer la verdad, ¿no es acaso una afirmación demasiado fuerte, muy poco escéptica? Es curioso notar que el escéptico, que parecía desconfiar de las afirmaciones fuertes, termina extrapolando su propia actitud interior a la humanidad entera.

Bajo el escepticismo subyace la idea de verdad: está escondida. El otro extremo de la oposición al ideal filosófico de verdad, en cambio, es su negación directa en la acción: la mentira y el engaño, la privación de la verdad

moral. Por desgracia, hay gente que piensa que la mentira es normal, lícita, y, a veces, por alguna conveniencia, afirma lo contrario de lo que piensa, o, cegada por las pasiones o la soberbia, se engaña a sí misma y engaña a otros, movida por el afán de justificar una mala conducta. La mentira y el engaño —incluso el autoengaño— también destruyen el diálogo filosófico, incluso más que el escepticismo, que casi ningún filósofo ha sido capaz de sostener coherentemente. Si en una conversación, en la que tratamos de llegar a la verdad, de pronto nuestro interlocutor nos dice: “Acepto tu afirmación por darte en el gusto, para que sigamos conversando”, y se niega a decir lo que realmente piensa, debemos detenernos y decirle: “No, amigo, no hagas eso, porque así te niegas a investigar la verdad; dime lo que realmente piensas”.⁷⁰ En un diálogo verdaderamente filosófico debe estar presupuesto que todos los participantes vamos a decir lo que realmente pensamos. No somos dioses, somos humanos, podemos equivocarnos; pero más vale decir lo que uno piensa, aunque esté equivocado, que comenzar un juego de ajedrez: “En realidad, yo no pienso eso, no te quiero decir lo que pienso, porque, si te digo lo que pienso, entonces tú me vas a refutar por este otro lado”. Esta actitud demuestra *voluntad de poder*, querer ganar una discusión, y no la buena voluntad, que es la *voluntad de la verdad*. El no decir la verdad, el no defender la verdad tal como uno la ve, el mentir y el engañar, destruyen la filosofía.

El filósofo ha de ser la persona *dispuesta a sufrir por la verdad*, incluso a *morir por la verdad*. En este sentido, todo ser humano puede ser un filósofo. Todos nosotros lo somos, de alguna manera, si entramos por caminos de amor a la sabiduría, aun sin ser *filósofos profesionales*. Sin ser un experto en los fragmentos de algún filósofo presocrático, ni un erudito del *Tractatus logico-philosophicus*, de Ludwig Wittgenstein, cada uno puede ser *filósofo en el fondo de su vida*, en este sentido de estar dispuesto a buscar la verdad, a asimilar lo que honestamente le parezca que se sigue de los argumentos racionales, y, después, a decir y a defender aquello que ve como verdadero, aun a riesgo de equivocarse. No hay que confundir la *falibilidad* del ser humano con una *incapacidad de conocer la verdad* o de comunicarla, puesto que el conocimiento de nuestra falibilidad presupone que somos capaces de conocer la verdad, esa verdad cuyo descubrimiento a veces nos certifica que hemos estado equivocados, que somos falibles. Con esta base firme se puede progresar en la filosofía, se puede progresar en el diálogo racional. En cambio, si uno se mete por el camino de la conveniencia, al cual puede servir a veces decir la verdad, pero otras veces mentir, entonces se aleja cada vez más de la filoso-

⁷⁰ Cfr. *Gorgias*, 516b.

fia y se aleja cada vez más de la humanidad, de la propia humanidad, que tiene en su núcleo la voluntad de verdad, de conocerla y también de decirla, de comunicarla.

Ya se ve que *no están en el mismo plano* esas dos actitudes que se contraponen a la filosofía: el escepticismo y el engaño o la mentira. Un escéptico puede ser alguien que dice lo que piensa, que no miente, aunque no crea que lo que piensa constituye conocimiento cierto de la realidad. A mis amigos que, por su deformación filosófica, son escépticos, y me dan argumentos para justificar por qué son escépticos, yo les digo: “Si los argumentos no valen, no me des más argumentos; si la razón humana es incapaz de demostrar nada, no trates de demostrarme que el escepticismo es la posición *correcta*, que tú no te atreves a llamar *verdadera* porque no crees en la verdad”. Esos amigos, con todo, no me están engañando. Si alguien me engaña alguna vez, yo lo puedo corregir y podemos seguir siendo amigos; pero, si me engaña consistentemente, no vamos a poder ser amigos, porque, si no hay una comunidad de comunicación, no puede haber amistad.

La amistad con el escéptico es parte del bien que el filósofo puede hacerle a ese amigo y a la humanidad, porque cuando el filósofo, ante un escéptico que no puede ser convencido por ningún argumento, cultiva la amistad, en algún momento puede suceder, como dice Robert Spaemann, que el escéptico se dé cuenta de que *no todo en este mundo es absurdo*, de que hay algún bien verdadero: el bien de la amistad.⁷¹ En cambio, si alguien no está deformado por el escepticismo, sino corrompido por la mentira, el asunto se nos pone negro, porque la mentira corrompe infinitamente más que el error filosófico del escepticismo. Quien se acostumbra a mentir se corrompe mucho más que el que, por falta de buenos argumentos o por no saber cómo responder a los escépticos, se ha desilusionado de la posibilidad de conocer la verdad. El escéptico necesita sólo —no es poca cosa— una *conversión intelectual* hacia la filosofía, que es posible; el que es un engañador y mentiroso, en cambio, necesita una *conversión moral* hacia la verdadera filosofía, lo cual también es posible, pero es más difícil. Por eso, la opción contra la mentira tiene que ser radical, desde que uno es joven, desde que somos niños y sentimos la tentación de taparnos los ojos para no ver y no ser vistos.

A propósito de todo esto, recuerdo que una vez, a la salida de una clase en la que lidiamos con todo tipo de sofismas, con John Finnis, en Oxford, le pregunté: “Profesor Finnis, si las cosas están así en el mundo, tan mal, y

⁷¹ Cfr. Spaemann, Robert, *Felicidad y benevolencia*, trad. de José Luis del Barco, Madrid, Rialp, 1991, p. 156.

tantos engañan o se engañan, ¿qué sentido tiene dialogar con quienes están tan recalcitrantemente adheridos a errores funestos, y no quieren ver la verdad sobre un asunto, porque cuando les refutan un argumento buscan otro con tal de seguir defendiendo lo que habían defendido antes?”. Es curioso, ante un escepticismo tan cerrado de algunos y una mala voluntad de otros, me estaba convirtiendo yo mismo en un escéptico sobre la capacidad del ser humano de rectificar y de pasar de posiciones escépticas a posiciones de confianza en la razón y la verdad, y de transitar, asimismo, desde la voluntad de poder, que no trepida en engañar, a una genuina voluntad de verdad. John Finnis me respondió: “No hay que desesperar: piense usted que *las conversiones son posibles*”. Me dejó pensando, me dio un poco más de ánimo para seguir estudiando, cuando yo era un joven profesor de veintiocho años, que pasaba un año en Oxford como *academic visitor*. Años más tarde me enteré de que Finnis era, él mismo, un converso. El profesor Santiago Legarre, de la Universidad Católica Argentina, uno de los discípulos más cercanos de John Finnis, le preguntó si había sido agnóstico, antes de convertirse. Finnis le respondió *que no*, que había sido ateo, con todos los argumentos de David Hume a cuestas; con todo el escepticismo sobre el mundo y sobre Dios, y con la típica imagen caricaturesca sobre santo Tomás de Aquino. Y John Finnis se convirtió. Su respuesta, a este colega joven que comenzaba a desanimarse ante el mal en el mundo, había sido autobiográfica, es decir, irrefutable: las conversiones a la verdadera filosofía, como las conversiones a la verdadera fe, son siempre posibles.

En síntesis, se puede conocer la verdad, y a eso va la filosofía; debemos decir la verdad, y sin este presupuesto no se puede entrar a un diálogo racional, y las conversiones son posibles, porque puedo haber empezado a mentir a los siete años y ser un mentiroso empedernido hasta los diecinueve, y después darme cuenta de que he destruido mis amistades, mis comunicaciones significativas, y un verdadero bien en mi vida, y que puedo cultivar la filosofía y, poco a poco, dejar de ser ese gran mentiroso que alguna vez fui.